

# ***Temas, problemas y relatos para la historia ambiental***

*Álvaro Acevedo Tarazona,  
Universidad Tecnológica de Pereira*

*Sebastián Martínez Botero,  
Universidad Industrial de Santander*

## ***El objeto de estudio de la historia ambiental: ¿un enfoque innovador?***

**L**a primera discusión que se debe abordar sobre el denominado carácter “innovador” de la historia ambiental es el de su estatuto epistemológico a propósito de su objeto de reflexión o, planteado de otra manera: ¿qué es lo que estudia la historia ambiental? Si la historia ambiental, según lo expresa Stefania Gallini en su texto “Invitación a la historia ambiental” (2002), trata de “conocer cómo los humanos han sido afectados por el medio ambiente a través del tiempo, pero también cómo ellos mismos han afectado al medio ambiente y con cuáles resultados la naturaleza asume consecuentemente el papel de socio cooperante”, al historiador de inmediato le asalta una pregunta: ¿acaso la relación de los hombres con el medio no es una relación propuesta desde el mismo nacimiento de la historiografía moderna en el siglo XIX, y más explícitamente por el materialismo histórico con sus posteriores desarrollos?

Si le suprimimos a Marx el *iluminismo progresivo* con el cual concibió el cambio de los estadios sociales hasta llegar al socialismo, no hay nada nuevo que éste no haya planteado al pretendido carácter innovador de la historia ambiental. A toda sociedad corresponden unas relaciones según la forma en que las necesidades de ella se adaptan al medio o lo transforman. En

consecuencia, el estudio de las relaciones que establece el hombre con el espacio, el clima y los recursos naturales no es en una sola vía, pues las necesidades humanas definen unas interrelaciones con el medio que a la larga también le condicionan, como bien lo expresaría Marx en la cita que trae colación Perry Anderson en su conocido texto *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*: “en todas las formas de sociedad existe una determinada producción que asigna a todas las otras su correspondiente rango e influencia y cuyas relaciones, por lo tanto, asignan a todas las otras el rango y la influencia” (Anderson 1997:20). Este fue el caso de los imperios agrarios y su dependencia con la tierra, que a la postre se hizo más dramática en el imperio romano cuando la producción agrícola llegó a niveles mínimos ante el fracaso de la aplicación del conocimiento teórico con fines prácticos (Farrington 1981:192) y el abuso de un sistema de explotación basado en la mano de obra esclava. Y no es que en el mundo clásico se hubiese presentado un estancamiento de la técnica, pero no hubo unas invenciones sólidas que empujaran la agricultura a un estadio distinto, menos se impulsó una nueva forma de organización social (Anderson 18). Lo que no podría decirse de los imperios agrarios, donde las modificaciones técnicas no fueron tanto de carácter técnico como sí de organización social de la producción agrícola (Ángel Maya 1995:30,32,45).

Pero aún si aceptáramos el argumento de Stefania Gallini de que “ni la historia es la provincia de los historiadores, ni la historia ambiental es un jardín privado con acceso velado al que no tenga título apropiado, que Germán Palacio también defiende cuando sostiene que la historia ambiental “es diferente a otras historias porque tiene en cuenta las características relevantes y dinámicas de la naturaleza, reintroduciéndola en la historia humana”(Palacio 2001:72), surge otra pregunta no menos inquietante: ¿se podría hablar de la historia ambiental como una subdisciplina en construcción o un campo lleno de tensiones?

La respuesta sería ni lo uno ni lo otro. En primer lugar, porque el argumento que define la historia ambiental es todavía ambiguo: la reflexión entre naturaleza y cultura no es ni puede ser objeto de una reintroducción de la una sobre la otra o viceversa. Así de simple. Los determinismos o subordinaciones de tipo conceptual no aclaran en nada la discusión sobre la historia ambiental. En segundo lugar, porque antes de hablar de disciplina, subdisciplina o campo, se requiere definir el alcance de estos términos en su sentido epistemológico. De ahí que no sea posible estar de acuerdo del todo con el propósito de Alberto Guillermo Flórez (2000:15-35), pese a su ordenada y juiciosa

reflexión, cuando trata de ubicar a la historia ambiental con un posible objeto específico de razonamiento dentro de la gran disciplina de la historia. Si la historia ambiental tuviera un objeto específico se estaría construyendo una nueva disciplina, que por el carácter de la misma está muy lejos de serlo. Pero incluso tampoco es posible estar de acuerdo con aquellas propuestas de hibridación, expuestas por Flórez (2002:118), que han propuesto la creación de una “nueva subdisciplina que supere las sutiles diferencias entre geografía histórica, historia ambiental, antropología ecológica y todas las demás propuestas de acercamiento a lo ambiental desde las ciencias sociales”. Y no porque esta propuesta de hibridación aún se encuentre en proceso de maduración o las disciplinas tradicionales estén dispuestas a oponer resistencia a una eventual disolución y ruptura de una tradición de conocimiento, sino porque el argumento, en sí mismo, se cae por su base. La identidad de una disciplina científica se establece por su objeto y la especificidad de su método. Más aún, diversas disciplinas pueden compartir un mismo campo de estudio o unos métodos, pero no pueden compartir un mismo objeto de estudio (Aróstegui 1995:193). Hasta que no se demuestre o argumente lo contrario con bases sólidas –y en este sentido sí es posible estar de acuerdo con Flórez (2002)– lo más razonable es que las propuestas interdisciplinarias y transdisciplinarias sigan dando salidas al estudio de la historia ambiental.

La historia estudia el cambio de las sociedades y eso es lo que la hace distinta de otras disciplinas. Por supuesto, la sociedad, la naturaleza y sus interrelaciones puede ser mirada por otras disciplinas, pues ella sin duda debe ser analizada desde muchos ángulos, que es lo que implica compartir un mismo campo de estudio, pero lo que le interesa a la historia es el movimiento de las sociedades, su cambio. En consecuencia, la historia ambiental es una historia sectorial o temática que define unos ámbitos espaciales de estudio como otras tantas tematizaciones de la historia y punto. Para entender al hombre hay que verlo enmarcado en la naturaleza (Fernández-Armesto 2002:28–29). El problema ambiental –y no la historia ambiental– es el que deber ser visto como un campo lleno de tensiones, pues ésta última ya tiene un objeto de estudio definido por la disciplina. La dimensión histórica reconoce como primera premisa que la naturaleza y la sociedad no son realidades contrapuestas, pues como un *continuum* sin ruptura no son susceptibles de un tratamiento distinto; como tal, el movimiento (cambio), es consustancial con la naturaleza y la sociedad, lo que, en tercer lugar, también implica reconocer que cualquier tipo de modificación de un sistema cambia el tipo de relaciones que lo sustentan (Aróstegui 155–156).

La historia ambiental, como cualquier otra historia, trata sobre los seres humanos y el tipo de relaciones que ellos establecen consigo mismos y con el medio. En otras palabras, “el tema asignado a la historia ambiental es la ‘interacción’ entre el medio ambiente y la cultura social: los procesos mediante los cuales las sociedades transforman el medio y éste transforma a aquellas” (Martínez Garnica 2002). Es innegable que la historia ambiental propone nuevos desafíos al encontrarse con un tiempo dispar entre los seres humanos y la naturaleza (Palacio 2002:89). En consecuencia este tipo de historia se moverá en escalas según la temática, pero la escala no es suficiente para argumentar que en el tiempo es que la historia ambiental marca la diferencia con los otros tipos de historia. Pero tal vez el mayor problema de la historia ambiental radica, como bien lo señala Armando Martínez Garnica, “en la cosificación de la cultura y de la naturaleza y su propuesta de unidad ontológica” (2002). La dualidad naturaleza/cultura se convierte en una amenaza si se tiene en cuenta que los seres humanos no habitan la naturaleza sino un mundo histórico en el que la naturaleza no es una cosificación ajena.

La naturaleza adquiere su dimensión porque es asignada de esta manera por los seres humanos, es decir, su designación como tal es en y para el acontecer social, que no es otra cosa que historia social. De manera que la migraciones, colonizaciones, ideologías, explotaciones, conservaciones, saneamientos, patogenizaciones –reafirma Armando Martínez Garnica– no son otra que las acciones sociales de los hombres que se estudian a través de la historia social. Un ejemplo traído a colación por el autor, a propósito de un estudio de James Parsons sobre *la guadua en la arquitectura vernácula de Colombia y Ecuador* (1991), muestra “el sentido social asignado a una planta y sus transformaciones: las clases dirigentes, abanderadas del progreso, denostaron su uso en la construcción al asociarlo a los ‘invasores de tierras’. Recientemente, este sentido fue revertido por los arquitectos, quienes ‘ennoblecieron’ su uso en la arquitectura de varios parques públicos y de otros sitios. La guadua no pertenece a la ‘naturaleza’, sino a un mundo histórico cambiante que reformó el valor social que le asigna a esta planta, así como su incorporación al paisaje y a la arquitectura” (2001).

¿Podrá la historia ambiental sentar las bases para eliminar las distancias entre las ciencias naturales y las ciencias sociales?, es otra pregunta que se hacen los especialistas. Por ahora es difícil, casi imposible, inferirlo, además, ésa no debe ser la preocupación de la historia ambiental. La herencia dual del siglo XIX entre ciencias de la naturaleza y ciencias de la sociedad ya no es algo que trasnoche a los estudiosos del tema. Hoy sabemos que las ciencias

naturales no son infalibles por todo lo que hay de entropía, irreversibilidad e irregularidad en el universo y que las ciencias sociales, como constatación de lo dicho, se mueven aún más en el campo de la infinita variedad y variabilidad de las elecciones humanas pese a las reglas y códigos que la condicionan en el largo proceso de socialización.

La preocupación de la historia ambiental debe estar dirigida a esa idea de civilización y progreso –historia social– que con su prejuicioso discurso justificó el sometimiento entre los pueblos arrastrando especialmente a ciertas naciones europeas al colonialismo y neocolonismo, pues como bien lo señala Germán Palacio aquella idea de civilización, “pariente de la idea de progreso por transformaciones lentas y saltos cualitativos debe ser usada en plural, lo cual significa que la idea de civilización le dio una nueva semántica a la Historia Universal arrastrando el eurocentrismo a todos los rincones de la tierra mediante el que no sólo los trópicos sino los pueblos cazadores y recolectores fueron excluidos de la historia (2002:77). Pero la civilización puede darse en cualquier lugar si por ella se entiende el tipo de relación que establecen las sociedades con el medio (Fernández–Armesto 16,27).

“No existe documento de cultura que no sea a la vez documento de barbarie”, proclamaría Walter Benjamin en sus “Tesis filosóficas sobre la historia” (1999:44), y tenía toda la razón. A las ideas de *civilización y progreso* derivan otras concepciones no menos maniqueas como las de *desarrollo, evolución, patrimonio cultural, Tercer Mundo, Occidente*, por citar sólo algunas que arrastran “el triunfo del horror de unas sociedades sobre otras” (44). ¿Acaso el mundo Inca no había desarrollado un sistema agrícola más eficaz que el europeo? ¿No fue la Edad Media un descanso para las tierras agotadas de Europa? ¿Acaso el paso de las sociedades recolectoras y cazadoras a las agrícolas, y qué decir a las sociedades de mercado, no significó un menor uso del tiempo libre y en consecuencia de la calidad de vida? Sin la lucha por las cosas burdas y materiales no existirían las más finas y espirituales (44), podrían ser los argumentos de los defensores de la idea del progreso para justificar el triunfo del capitalismo sobre las sociedades anteriores, pero lo único cierto es que esta última fase de la humanidad sólo puede ser entendida como un proceso *evolutivo* entre otros tantos, que debe ser interpretado como *cambio*; como esa cualidad tan sorprendente de las especies para adaptarse al medio, que en el caso del *homo sapiens* también alcanzó el nivel de la transmisión no genética (cultura), pero nada nos asegura que nuestro presente sea en definitiva la última fase y, por ende, el más avanzado en su interacción con el ambiente. Al respecto dice Felipe Fernández–Armesto: “Las sociedades no evolucionan, sólo cambian.

Si la ‘pervivencia del más apto’ es un criterio válido, habría que reconocer que las no civilizaciones, que en ciertas circunstancias han resistido mejor que sus rivales civilizadas, están bastante más evolucionadas” (44). No hay trayectorias progresivas en la cultura, menos privilegiadas.

***Narrativas en la construcción de la historia ambiental: el determinismo geográfico de la “civilización” de vertiente y la economía del oro en la Nueva Granada***

Los antioqueños no hubiesen sido lo que son sin la economía del oro y el café, pero ante todo sin la persistencia con la que levantaron las primeras máquinas industriales. Si fuera por el determinismo geográfico, Medellín debería ser la última y no la primera ciudad del país que alcanzó la industrialización, pues la entrada al valle de Aburrá desde el río Magdalena se debía hacer por un sin fin de montañas casi inaccesibles y en unas condiciones de transporte tan atrasadas como las utilizadas en la colonia a lomo de mula o cargueros humanos. Sin embargo, anterior al periodo de la Guerra de los Mil Días (1899–1902) ya se estaban dando los pasos para el establecimiento de una industria textil en la capital antioqueña. Luis Ospina Vásquez en su conocido texto *Industria y protección en Colombia 1810–1930* (1979:373–374) no ahorra palabras para mostrar que las dificultades en el montaje de las primeras industrias en Medellín habían sido tan grandes que la primera empresa sucumbió hasta que otro grupo lo intentó con éxito y así ininterrumpidamente en otros sectores industriales; espíritu emprendedor que el gobierno de Rafael Reyes supo apoyar pese a los criterios personalistas con los que actuó (Bushnell 1996:218–224).

Este favorable despegue industrial de Medellín fue definitivo para crear la imagen de un grupo social único en la geografía del país, impulsado por la fuerza de la colonización y un “origen semita” por todo lo que tenían de avezados y exitosos comerciantes. Precisamente Germán Palacio nos recuerda que Luis López de Mesa fue uno de los primeros que desarrollo esta idea contraponiendo al determinismo eurocentrista una modificación sustantiva al argumentar con base en el carácter emprendedor antioqueño, que Colombia era una civilización de vertiente (Palacio 2001:19).

Sin duda, los antioqueños crearon uno de los prejuicios racistas más excluyentes del país a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Víctor Álvarez (2002:113,124) señala que desde mediados del siglo XIX los antioqueños se reconocían como conservadores, católicos, muy trabajadores,

blancos y hasta los más hermosos del territorio nacional, por citar sólo algunas de las cualidades superiores con las que se identificaban, por contraste con el grupo social de la región más antagónica, los caucanos, a los que identificaban como liberales, masones, poco trabajadores y negros. Esta imagen épica de la colonización, que alcanzó las vertientes del norte del Tolima y Valle del Cauca, en contadas décadas comenzó a competir con aquella visión fragmentada del país reafirmada por los argumentos deterministas de Laureano Gómez y otras personalidades políticas de la época quienes sustentaban la idea de que sólo unos islotes de civilización se habían levantado en los altiplanos por el carácter benigno del clima frío (19). Más abajo de los 2.000 metros sería imposible encontrar brotes de civilización, como también ya lo había afirmado desde mucho tiempo atrás José María Vergara y Velasco. Una imagen –de igual forma señala Germán Palacio– a la que se sumó, aunque no desde una perspectiva tropicalista o eurocéntrica, Frank Safford en los años setenta del siglo XX al argumentar que las características geográficas y no las causas racistas fueron las que condicionaron el desarrollo del país (72). Si bien Safford tiene en cuenta otros factores sobre las dificultades para la consolidación de una elite con inclinaciones técnicas y prácticas en Colombia en el siglo XIX, entre ellos los culturales y productivos, que es lo que hace de su libro *El ideal de lo práctico* (1989) un clásico en la historiografía colombiana, es cierto que la primera parte de dicho texto deja ese sabor.

Lo claro fue que se crearon dos narrativas compitiendo por alcanzar un estatus de legitimidad: el determinismo eurocentrista versus la civilización de vertiente. La primera idea construida desde los tiempos coloniales por la pluma de los cronistas de Indias y los gobernantes del Nuevo Reino de Granada hasta llegar al siglo XIX en el cual la apreciación de los viajeros por la recién constituida República no fue menos enfática en afirmar no sólo el carácter insano de las tierras sino de sus gentes, prejuicio acrecentado incluso por los propios moradores de las provincias. “Más adverso que el mismo viaje –muy a propósito escribiría Humboldt sobre su paso por el “temible” camino del Quindío (1982: 111–112)– son los preparativos... el interés de los sectores más populares de describir el camino como excesivamente largo y peligroso... Se aprende más fácilmente a bailar bolero, hablar cáusticamente... que pasar el Quindío; así parece en Ibagué. La realidad es completamente diferente. Para gente como nosotros que caminamos seis–nueve leguas a pie, vadeamos ríos y permanecemos meses entre indios en las selvas, el viaje no tiene nada de extraordinario”. La segunda concepción determinista, como lo hemos señalado, antagónica de la primera y de impronta más tardía pero no menos incisiva, fue asentada por el clásico libro titulado *La colonización antioqueña en el occidente*

de Colombia de James Parsons (1979) al que casi de inmediato se plegó una narrativa épica y de gesta que ha rayado en la ficción y la hipérbole.

Con razón ha dicho William Cronon (2002:32–36) que la narrativa es una forma peculiarmente humana de organizar la realidad y nuestras experiencias; la neutralidad no es posible en ella porque en cada relato hay lecciones que queremos derivar de ellos. Es el caso de la colonización antioqueña en el que su narrativa historiográfica de progresivo ascenso apunta en forma ineludible hacia un final feliz donde no hay crisis ni declives, menos epílogos desoladores o al menos problemáticos en la forma de presentar los acontecimientos. Los “yanquis de Sudamérica”, como ellos se denominaran a sí mismos, sagaces y de un individualismos enérgico, no conocieron otra historia que la del “genio colonizador. Si bien hasta el final del periodo colonial el atraso y la pobreza rondaban en este territorio, de un momento a otro el renacimiento económico y cultural transformó aquella empobrecida y selvática provincia “en un estado vigoroso, letrado y relativamente rico” (Parsons 17). De todas maneras es innegable el salto cualitativo y cuantitativo de esta región colombiana comparada con las otras; el paso de una población de 365974 habitantes en 1870 a 1082135 en 1912 es una constatación de lo que se ha denominado la gesta colonizadora antioqueña, pues ninguna otra designación geopolítica del territorio mostró o siquiera se aproximó a este exorbitante crecimiento poblacional (Luis Carlos Palacio 2001:236).

Pero tal vez la imagen hiperbólica de la colonización antioqueña adquiere el sello contundente de un relato progresivo y sin rupturas en el libro de Eduardo Santa *La colonización antioqueña: una empresa de caminos* (1994:17–21). Seguramente las migraciones colonizadoras en la vieja Antioquia –diría el apologetico autor– “constituyen la más grande aventura realizada en nuestro suelo durante el siglo XIX. Esos grupos antioqueños, constituidos todos por gentes resueltas, emprendedoras y valientes hasta el propio heroísmo, continuaron la empresa de los conquistadores españoles, quizá con mayor fortuna que éstos, y a ese tenaz esfuerzo por construir la patria se debe la existencia de más de cien poblaciones grandes y pequeñas que, en conjunto, constituyen un fuerte núcleo estrechamente unido por un común denominador antropogeográfico”(17).

Alexander Betancourt Mendieta ha tratado de demostrar que la épica de la colonización también fue elaborada por una literatura local para los casos de Manizales, Pereira y Armenia, en una ponencia expuesta en el XII Congreso de Historia de Colombia que lleva por título “Construcción imaginaria: una vuelta a los clásicos de la historia local” (2003). De la misma forma Rigoberto

Gil Montoya ha señalado el sentido de esta historia marmórea para el caso de Pereira en su libro *Visión Caleidoscópica* (2003). Las expresiones laudatorias abundan en estos libros locales y poco o nada se reconoce en los relatos la historia de un proceso colonizador en el que los conflictos por la tierra también definieron el sello del poblamiento regional, sobre todo en aquellas regiones de frontera como Pereira donde la avanzada colonizadora se encontró con los caucanos. Por cierto, una historia que ha sido tratada de manera tangencial y que aún está por develarse en los fondos Notarial y Judicial del Archivo Histórico de Cartago y de Santa Rosa, desde las pretensiones de Fermín López y su cuñado José Hurtado (1834) por asentarse fuera de la empresa especuladora de tierras González Salazar y Cia., sucesora la concesión Aranzazu y sus aspiraciones legalistas terratenientes (Hoyos Körbel 2001:11–16).

¿Por qué Antioquia siendo una de las regiones más ricas en yacimientos auríferos en la colonia muestra esa imagen desolada a finales del siglo XVIII? Si la pregunta es obvia, la respuesta es muy problemática. Hasta el momento es claro que el modelo de poblamiento basado en la economía del oro creó durante trescientos años en el territorio actual de Colombia una frágil relación con el medio. Pero más allá de inferir esta conclusión, habría que llenarla de contenido, que es lo que precisamente intenta Guido Barona en su texto titulado *la Maldición de Midas* (1995:108–109), cuando con argumentos sólidos contradice aquella imagen de un mercado equilibrado, de mejores auspicios que el primer ciclo del oro (1550–1620) y sin conflictos entre haciendas abastecedoras y minas productoras del preciado metal, expuesta por Germán Colmenares (1987:35–36) y que se asumió como un supuesto implícito en la historiografía colombiana, especialmente para el segundo ciclo del oro entre los años de 1680 y 1820 en el que –según los argumentos de este autor– fue posible encontrar, a través del estudio de las fuentes, un tráfico comercial regional e incluso entre la metrópoli y la Nueva Granada. Al respecto dice Colmenares:

El segundo ciclo logró una mejor integración entre haciendas y minas, al contrario de lo que había ocurrido en el primero. Los reales de minas ubicados en la vertiente del Pacífico, desde Quibdo hasta Barbacoas, constituían una franja longitudinal que transversalmente se distribuía en la jurisdicción de varias ciudades. Barbacoas caía así bajo la jurisdicción de Pasto, la provincia del Raposo (Dagua y Buenaventura) en la de Cali, Novita y Citará en la de Popayán. Cada una de estas ciudades era muy celosa en conservar las prerrogativas de su jurisdicción, según el esquema de los derechos patrimoniales atribuidos en la conquista. Terratenientes y comerciantes de esas regiones (y los de Buga, Toro y Cartago) introdujeron los esclavos y crearon, con los reales de minas, zonas de consumo para los productos de sus haciendas. Este tipo de integración había resultado imposible en el siglo XVI, cuando minas y haciendas competían por la mano de obra indígena y los yacimientos más ricos se explotaban a enormes distancias de las haciendas que los abastecían (37).

En este caso el relato de la relación productiva que establecieron los grupos sociales con el medio, a través de la economía del oro en la Nueva Granada, adquiere un compromiso con la forma narrativa hasta darle un sentido ordenado y simplificado a los eventos (Cronon 32). Imagen que contrasta con la expuesta por Guido Barona, en el texto ya referido (108-109), cuando sugiere que en la región comprendida desde Popayán hasta Cartago se creó una especie "archipiélago regional" donde no existía tal relación funcional de un mercado casi equilibrado entre haciendas abastecedoras y minas productoras, menos entre la Nueva Granada y España:

Para Germán Colmenares, 'la búsqueda del oro se impuso..., como necesidad condicionada por una relación típicamente colonial'. Es más, para este historiador la aparición de las nuevas fronteras mineras, en el primer y medio de ocupación española, se debió a un hecho externo: Europa necesitaba el oro americano y los españoles que se asentaron en estos territorios demandaban mercancías que no eran producidas en las colonias. Pese a esta afirmación y su certificación documental, hasta el presente no se ha hecho ninguna investigación que demuestre, negativamente, el alcance del tráfico comercial entre España y la Nueva Granada. Unas pocas calcetas, unos caballos, unas espadas y unas pocas sillas de montar, no bastan para señalar, por lo menos, una dependencia de los sectores mineros de la Nueva Granada respecto de los mercados europeos. La sobrevaloración de los metales preciosos por parte de los sectores hispanizados, aunque pueda ser ideológica y no muy fácilmente comprobable, es hasta el momento un buen argumento para explicar, así sea en términos estrictamente hipotéticos, los movimientos de apertura de nuevas fronteras auríferas. En el siglo XVIII aunque se habían transformado algunas de las condiciones estructurales de la economía minera, tampoco no es dado observar un incremento en el tráfico Inter-colonial y con la metrópoli.

Estas dos formas distintas de explicar la economía del oro en la Nueva Granada muestra a su vez la elaboración de dos narrativas que compiten. En la una, el equilibrio entre minas y haciendas en la construcción de un mercado sostiene una narrativa con final feliz, no sólo explicada por Germán Colmenares sino por otros especialistas en el tema como Zamira Díaz (1994:122) cuando incluso tratan de mostrar que desde el siglo XVI se estructuró en la Gobernación de Popayán la empresa minera con el apoyo de economías subsidiarias (agricultura-ganadería) en función de las necesidades europeas. En la otra, en cambio, no existe tal mercado equilibrado e incluso se infiere un final decadente en el que después de trescientos años de explotación minera en aquellos territorios el panorama era igual o peor que cuando se encontraba sólo la población nativa estableciendo sus propias relaciones con el medio. La inflación de los precios por la circulación en polvo del metal y en consecuencia la pérdida de su valor adquisitivo, además de la casi extinción de la población aborigen y de las grandes desigualdades sociales que se deconstruyeron, no favoreció el conjunto de relaciones que configuró esta actividad económica extractiva.

Ahora bien, si se tratara de sopesar en la balanza las dos anteriores narrativas sobre la economía del oro en la Nueva Granada, muy seguramente el historiador se inclinaría por la última (una historia sin final feliz) ante la evidencia de los hechos y de los argumentos, tal como lo sustenta Guido Barona: “Finalizado el siglo XVIII, doscientos sesenta y seis años después de fundada Popayán, la población de esta provincia y Gobernación había llegado a magnitudes similares a las correspondientes al siglo XVI. Esta lenta recuperación demográfica, con formas de poblamiento radicalmente diferentes a las de los grupos originales, no produjo una significativa ocupación del territorio que administrativa y políticamente se le había asignado”. (1995 47). El supuesto mercado equilibrado y funcional entre minas y haciendas no resiste el análisis para el caso de la Gobernación de Popayán y la región antioqueña durante el periodo colonial; un inmenso territorio del actual Colombia, sino es todo, presentó una economía anclada en dramáticos procesos inflacionarios, territorios fragmentados, mercados deprimidos y aislamientos geográficos.

Pero más allá de inclinarse por una u otra tesis, lo claro es que cualquier interpretación de la historia ambiental debe tener en cuenta el tipo de relaciones que los grupos sociales establecen con el entorno y las distintas narrativas que se construyen para explicar dichos procesos. Hasta el momento se han mostrado cuatro de ellas: el eurocentrismo versus la “civilización” de vertiente y la economía del oro con final feliz y con final trágico. Si embargo, hay una narrativa no menos determinista que la de la civilización de vertiente que con tanto éxito se ha ganado un puesto en la historiografía; es el caso de las barreras naturales y los caminos que con grandes dificultades desde la colonia hasta el siglo XIX trataron de intercomunicar las distintas regiones “vacías” de la actual Colombia, como si las montañas y los caminos fueran por sí mismos causa y efecto del “progreso” o “declive” de las regiones; algo así como si en las barreras naturales y caminos estuvieran involucradas todas las variables históricas para el análisis de un estado social dejando de lado las relaciones económicas que establecieron los individuos con el medio, de igual forma que el conjunto de relaciones mentales construidas entre ellos mismos y el entorno. La importancia del tema y las consecuencias que se derivan del mismo en la explicación histórica, en forma especial en la Gobernación de Popayán con su ciudad más al norte, Cartago entre las cuencas de los ríos Otún y Consota desde 1550 y su posterior traslado al lado del río La Vieja en 1691, merece ser tratado en un apartado distinto como a continuación se hará.

## ***Ciudades y caminos en un territorio "vacío": Cartago y el camino del Quindío en el espacio de la Gobernación de Popayán***

La ciudad de Cartago, fundada en 1540 en el extremo norte de la Gobernación de Popayán, alcanzó en sus primeros años una importancia militar y económica en el mapa de la conquista y poblamiento, primero por constituirse en una zona de avanzada para dar el salto a Antioquia y segundo por la enorme cantidad de oro hallada en las tumbas indígenas y la explotación del mismo en las minas de veta o filón y especialmente de aluvión (Jaramillo Uribe 1996:51). Cuenta fray Pedro Simón que en el año de 1547 se sacaron en tres meses quince mil pesos de buen oro utilizando muy pocos negros e indios y que algunos años después se profanaron sólo de la sepultura del cacique Yanuba trece mil pesos en oro y otros tantos en joyas. A renglón seguido, el cronista también refería que cerca del pueblo había fuentes de agua salada que se hacían de un "modo maravilloso". (Simón 1981:T. V, 296-297).

Este "esplendor" de la ciudad y toda la provincia, afamada por un temple tan bueno que los españoles podían vivir muchos años y mujeres tan hermosas como las de Cartagena en España (298), no duró mucho tiempo por tres razones fundamentales: primero, el agotamiento del oro luego del primer ciclo (1550-1620) que llevó a una crisis durante sesenta años antes del siguiente ciclo (1680-1820); segundo, las revueltas indígenas de los indios quimbayas por malos tratos de los españoles en los años de 1542 y 1557 (Zuluaga 2002:16-18) y luego de las tribus belicosas designadas con el término "pijaos" que se asentaron en la Cordillera Central entre los años de 1570 y 1618 (Valencia Llano 1991:96) y tercero el aislamiento de la ciudad por encontrarse en el confín norte de la Gobernación de Popayán y en el pie de la cordillera central con una ruta de comunicación hacia el Magdalena Medio y la capital del reino, el camino del Quindío, de difícil acceso y en mal estado casi todos los meses del año a excepción de la estación seca de enero, febrero y marzo, aunque ventajoso para la ciudad de Cartago durante la segunda mitad del siglo XVI debido a las continuas rebeliones de los pijaos que obstruían la ruta de comunicación entre Popayán y Santafé de Bogotá por el paso de Guanacas, más al sur de la cordillera Central (Francisco Zuluaga 1995:156-179).

Pero estas tres razones para la decadencia de la ciudad tenían una causa de mayor peso: el modelo productivo y el tipo de poblamiento que se dio no sólo en Cartago sino en toda Hispanoamérica. Como bien lo señaló José Luis Romero en su clásico libro *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (Romero

1999:xxv), España, a diferencia de Portugal, construyó su imperio colonial como una red de ciudades, lo que a la postre significó una especie de mundos dependientes y sin expresión propia (xxvii). A través de la ciudad se quiso cohesionar a la nueva sociedad para asegurar el dominio de las zonas sometidas, mantener la seguridad y “pureza racial y cultural” del vencedor y promover la ocupación de un espacio que se consideraba “vacío”. En el caso de la Nueva Granada, el asentamiento disperso de los grupos aborígenes fue lo que se entendió como vacío, reafirmandose esta imagen durante todo el proceso de sometimiento a la población indígena (Larrichio 2003). De esta manera, la ciudad, sinónimo de morada, proyectó una función de “eje civilizador” opuesto a la “barbarie” de los grupos aborígenes y los inmensos espacios “deshabitados” por ocupar (Borja 2002:191–192). Para el caso de la Gobernación de Popayán es muy ilustrativo lo que al respecto dice Guido Barona:

Esto significa que los llamados por nosotros ‘espacios vacíos’, en la realidad de las situaciones y de los procesos no lo fueron. El vacío que queremos señalar es, simplemente, ausencia de ‘vida en policía’ a la manera y a la usanza española; es no articulación económica y social de estos espacios a una sociedad esclavista y de servidumbre ‘indígena’, y a una economía minera y hacendaria características de esta Gobernación. A su vez el vacío se nos transforma, en positividad, cuando, a la luz de las investigaciones arqueológicas y etnográficas, cuando a través de la etnohistoria, de la memoria oral, de las tradiciones y de los mitos que todavía subsisten, encontramos que los grupos étnicos de hoy, de selva, de andes, de costa y de llanuras, habiéndose transformado y conservado a lo largo de quinientos años reinterpretan, mantienen y refuerzan sus tradiciones, su identidad, situados en los territorios que, precisamente, la sociedad hispanizada no pudo ocupar y controlar (Barona 42).

Ciudades, villas, parroquias y pueblos de indios se fueron constituyendo como pequeñas manchas en el mapa americano, pero en la práctica el mundo rural se mantuvo casi estable; por supuesto, era notable la dependencia de la ciudad al campo y a las minas de metales preciosos, aunque era en la sociedad urbana donde se expresaba la “forma más alta que podía alcanzar la vida humana, la forma ‘perfecta’—acentúa José Luis Romero— según había sostenido Aristóteles y lo recordaba a mediados del siglo XVI fray Bartolomé de las Casas en su *Apologética Historia Sumaria*” (Romero xxiii). En otras palabras, el modelo de poblamiento en Hispanoamérica aniquiló, no siempre por un acto conciente, las ancestrales culturas americanas instaurando sobre una naturaleza “vacía” una “nueva Europa” como si los montes, ríos, fauna, flora no tuvieran nombres. Primero los cronistas durante la colonia y luego los viajeros en el siglo XIX crearon la imagen de una América intocada, apenas con seres humanos, en una especie de condena al trópico el cual debía ser avasallado por la idea del

desarrollo, del progreso (Palacio 2002:79) y una escritura fundacional o pionera –como se tratará más adelante– que no reconocía tradiciones menos una historia en los pueblos deconstruidos. Dejemos que de nuevo Guido Barona nos hable para el caso del vasto territorio de la Gobernación de Popayán:

Allí donde se instalaron las ciudades ‘república de los españoles’ se rompió el ‘equilibrio biótico’ y se llegó, en la mayoría de las situaciones, a una transformación de las selvas en praderas que alteró profundamente el paisaje ambiental de estas regiones. Por el contrario, los espacios que no fueron ocupados o que, por ausencia de ‘indígenas’ y de metales preciosos, no desarrollaron formas de vida hispanizada, conservaron sus características bióticas propias y se constituyeron en los ‘lugares de refugio’ de los grupos étnicos sobrevivientes que mantuvieron sus procesos adaptativos y entre éstos, las formas de poblamiento que desde cientos de años habían demostrado su eficiencia adaptativa, expresada en el crecimiento poblacional (Barona 42).

La “invención” de América por parte del colonialismo europeo y luego por los que se quedaron y mezclaron legitimó un modelo de poblamiento para las sociedades nativas tan dramático como la religión. “La sociedad urbana –compacta, homogénea, militante– se constituía conformada por una ideología y era invitada a defenderla e imponerla sobre una realidad que se juzgaba inerte y amorfa” (Romero xxvi). La América barroca de los contrastes y las grandes migraciones dirán algunos, la América del saqueo dirán otros: oro, plata, guano, salitre, cobre, estaño, azúcar, caoba, cedros, caucho, cacao, café, petróleo, en fin (Ángel Maya 89–95). Este modelo de poblamiento, prefigurado desde el siglo XVI como una telaraña de nudos urbanos para el sometimiento de la población aborígen con un sistema de extracción de metales hacia la metrópoli, creó una experiencia única y singular sobre el medio que en nada se parecía a la anterior:

Antes de la penetración de los europeos la mayoría de las ‘concentraciones urbanas’, en estas tierras, eran centros ceremoniales o espacios de residencia de los grupos gobernantes de sus séquitos de servidores y de los miembros de una comunidad encargados de ciertas funciones ‘administrativas’. Posteriormente, con el hiato provocado por la irrupción de peninsulares en el proceso histórico de todas y cada una de las comunidades originarias del cuarto continente y con la incorporación de sus miembros dominados y sobrevivientes a las huestes españolas, las ‘ciudades campamento’, los centros urbanos, fueron los pivotes sobre los cuales giraron todos los ritmos de la conquista y las formas de poblamiento de unos territorios (Barona 40).

Sobre este espacio de tensiones se constituyó la ciudad real, la de los herederos que poblaron calles y plazas, la de los transterrados que llegaron tarde al repartimiento de los indígenas y la explotación de las minas, la América del sincretismo cultural y sobre todo la de aquellos nativos que se

resistieron (juntas de pijaos) a la dominación hasta la muerte, como fue el caso de las numerosas guerras de pacificación que se llevaron a cabo en la ciudad de Cartago y las poblaciones urbanas ubicadas en el flanco oriental de la cordillera Central. Las juntas de indios, como así se les conoció, durante algo más de cien años condujeron al despoblamiento las ciudades, el abandono de minas y estancias, la extinción de un gran número de encomiendas y, como era de esperarse, la muerte de un apreciable número de indígenas y de españoles (Valencia Llano 96–115). Pero sobre todo a la pérdida de la influencia económica de Santafé de Bogotá con estas poblaciones, lo que condujo a afianzar las relaciones entre Cartago, Cali y Popayán con Quito y el Perú”. (Barona 1995:53). Agregándose a todo lo anterior el trazo de una comunicación horizontal sólo por el valle del río Cauca, pauta general del asentamiento ibérico, frente a la casi total ausencia de una comunicación vertical interandina —como sí se dio en los caminos incas (Larrichio)—, que finalmente condujo a una insularización del ingobernable e inmenso territorio de la Gobernación de Popayán que, a los ojos de los europeos, hacía ver como grandes montañas y obstáculos insalvables lo que para aquellos pueblos ancestrales seguramente eran montañitas. El resultado fue más que evidente: el *hinterland* interandino desde Popayán hasta Cartago configuró unas relaciones económicas cerradas; y si a esto se sumaba los escollos ambientales presentados por los caminos del Quindío y de Guanacas (altura, lluvia y falta de pastos), la cordillera central se constituyó en una barrera natural que muy pocos estaban dispuestos a franquear si no habían expectativas de ganancia más allá del *hinterland*.

Sin embargo el camino en sí no era el limitante de la insularización regional, hay que insistir en ello. La relación que establecieron los ibéricos con el medio, el tipo de economía extractiva, el modelo de poblamiento, el papel que desempeñaba la Nueva Granada para los intereses de la corona española y las extremas desigualdades sociales y políticas son las variables que deben tenerse en cuenta en aras de explicar la fragmentación regional en Colombia y las enormes dificultades en construir un Estado nacional moderno.

### ***La insularización regional en un país cerrado y de profundas exclusiones sociales***

En toda su historia Colombia ha sido un país cerrado. Desde la época colonial, pese a la producción aurífera, la Nueva Granada no estuvo dentro las

prioridades de la Corona española. David Bushnell dice que los “funcionarios peninsulares a veces ni siquiera sabían dónde quedaba o qué era... La Nueva Granada no era ni remotamente comparable a Nueva España (México) en cuanto a la producción de bienes y evidentemente le faltaba el dinamismo de colonias como Río de la Plata o Venezuela, que presentaban un rápido crecimiento económico hacia el final del periodo colonial” (46). Para los inmigrantes ibéricos Colombia era sólo el salto hacia el Perú y en la segunda mitad del siglo XIX el país tampoco fue el escenario privilegiado de la migración europea como Norteamérica o aquellos del Cono Sur.

Si esto ocurría con la Nueva Granada, nada diferente podía esperarse de sus regiones. La Gobernación de Popayán, por citar la región a la que se circunscribía Cartago y que ha sido el objeto de este análisis, integró con debilidad su extenso espacio biológico, climático y cultural. Durante siglos los grupos aborígenes habían mantenido una relación favorable con el medio, pero al romperse este equilibrio a través de los sistemas de sujeción de la mano de obra indígena (encomienda, mita, resguardos) también se quebró el sistema de relaciones en el interior y fuera de las comunidades. Como bien lo señala Guido Barona, los pueblos fundados de españoles y sus alrededores “fueron como pequeñas manchas de vida económica y social que lograron sobrevivir, gracias a una economía minera, en medio de territorios para los cuales no habían habitantes con que poblarlos a la manera y en las formas de vida propias de la sociedad hispanizada” (37). Y si a este archipiélago regional, como otros tantos del país, se sumaba una fragmentación subregional (provincias) que hacía casi imposible la administración colonial, además de las redes de parentesco y clientelismo, verbigracia de las relaciones de servidumbre y esclavitud, el panorama no podía ser peor: la exclusión como el corolario de un sistema de relaciones fracturado entre los distintos elementos que llevó a su paulatino deterioro (72).

Pero lo que más contribuyó a dicha insularización fue el hecho de que cada región era autosuficiente por sí misma, pese al mecanismo de subordinación económica y social entre España y sus territorios americanos. El mito áureo de la Gobernación de Popayán no desarrolló un mercado con la península Ibérica y poco o nada alteró la estructura del comercio local de las ciudades hispanas en el *hinterland* por la intensa desmonetización con su proceso inflacionario del oro en polvo; en su lugar creó un sistema de pillaje y tributación que excluyó del circulante a las comunidades aborígenes, los vecinos pobres y las gentes de todos los colores (285–300). Frente a un sistema tan excluyente en la circulación monetaria, de poco o nada era útil para el

comercio la abundancia de aves, leche, plátanos, ganados, pastos, azúcar, mieles, etc. Los cronistas y viajeros dieron cuenta de las maravillas y la gran diversidad natural de los territorios americanos, pero sin un mercado ampliado regional y en condiciones tan deficientes de acceso a los mercados mineros tradicionales la economía se mantuvo deprimida a lo largo de los siglos. “El mal país”, llamaría Mauel Pombo a esta dinámica sin despegue ni recuperación económica en sus crónicas de viaje *De Medellín a Bogotá* (1992). Era tal la insularización del antiguo territorio de la Gobernación de Popayán que el cronista anotaba que para exportar el tabaco de Palmira se debía recorrer todo el valle del Cauca, atravesar los fangales del Quindío y las llanuras de Mariquita, bajar el río Magdalena y buscarle un puerto en Santa Marta, casi 300 leguas de distancia” (165). La idea era abrir un camino hacia el Pacífico para no continuar siendo pobres en medio de tantas riquezas inútiles. Países bien afortunados estos –con entusiasmo escribía el viajero– que reúnen todas las condiciones para ser felices; que son saludables, hermosos y ricos”. (167); y más adelante agregaba: “El Cauca, para satisfacer sus propias necesidades, se basta y sobra con el sistema que sigue; y para llevar sus producciones fuera, carece de vías de comunicación” (169).

Buena parte del esfuerzo de las elites políticas en siglo XIX, cuando no estaban en guerra, estuvo dirigido a comunicar el país por una red de vías en estado lamentable, establecer un mercado nacional y exterior y reformar las prácticas y comportamientos mentales de una sociedad colonial que se resistía a cambiar. Aunque hecho como un libro didáctico para iniciarse en el estudio de la historia de Colombia, el autor que mejor muestra las enormes dificultades para construir un estado moderno es David Bushnell en su conocido libro *Colombia una Nación a pesar de sí misma* (1996). Precisamente en el texto se menciona el elevado costo del transporte de carga en el siglo XIX, el cual para el trayecto de Honda a Bogotá (150 km) oscilaba entre 20 y 25 centavos por tonelada/kilómetro, pero si los artículos eran de mayor tamaño no podían ser trasportados por mulas y bueyes sino por cargueros humanos (114); algo que sobrecogió a los viajeros extranjeros y que relataron con aires de cierta denuncia en sus crónicas, como fue el caso explícito de John Potter Hamilton (1824) en su paso por el camino del Quindío: “Continué diciendo que estaba resuelto a no montar por ningún motivo a espalda de hombre, a menos que enfermara por el camino, caso en el cual se consentiría en que me llevaran de cualquier modo, porque a decir verdad, no tenía empeño especial en ser devorado por los tigres y otras alimañas que infestan la región del Quindío” (Hamilton 324). Desde 1553 a los habitantes de Ibagué ya se les había concedido la exclusividad en las “arrias y recuas” en que se transportarían

las mercaderías que fueran hacia Cartago (Francisco Zuluaga 1995:165). Siglos después al parecer muchos de los habitantes de Ibagué seguían viviendo de esta actividad, según el relato de John Potter Hamilton que en 1824 señala entre trescientos y cuatrocientos hombres cargando personas y fardos por las montañas del Quindío (1993:341). Por lo que se infiere del relato de los viajeros telas bastas del Socorro, sal y tabaco fue lo más que se transportó por este difícil camino durante el siglo XIX.

En ese estado lamentable de las vías era casi imposible que hubiese una alta participación de la Nueva Granada en los mercados mundiales (116), más si se tiene en cuenta que hacia los años treinta del siglo XIX las únicas fuentes de ingreso del gobierno eran los monopolios del tabaco y la sal (117) en una población que escasamente superaba el medio millón de habitantes y la mayoría de la fuerza de trabajo estaba constituida por aparceros, arrendatarios, jornaleros y otras formas de contratación que llegaban hasta el peonaje por deuda. La esclavitud había sido abolida a mediados de siglo, pero para qué la esclavitud si los sistemas de subordinación eran igual o peores a aquella. Siglos de subordinación al Estado y a la iglesia –acentúa Bushnell (118) a propósito de una cita que trae de Germán Colmenares (1966:399)– así como a la reducida clase alta de ascendencia española, habían inculcado en el campesinado indígena y mestizo una deferencia instintiva, que determinaba que, por ejemplo, se dirigieran a su patrón como ‘mi amo’ y a las personas de clase más alta como a ‘su merced’, esta última una expresión que aún hoy subsiste. Obviamente, este modelo sociocultural no favoreció el surgimiento de una democracia vital, algo que ni siquiera se intentó. Como un encargado de negocios francés observara en 1840, ‘¿qué esperar de una República en donde todo hombre llama amo a todo individuo más blanco o mejor vestido que él’?

Sin embargo, la entrada al siglo XX no fue menos distinta, según se reconoce en un texto publicado en Pereira por un hombre nacido por allá en el año de 1905, que escasamente había hecho la primaria y firmó bajo el seudónimo de Yolombó de la Vega una historia sobre el agua de su ciudad la cual presentó al concurso de monografías sobre Pereira, promovido con ocasión del primer centenario de la ciudad (1963). Fue la época –dice este hombre para referirse a las relaciones de comienzo de siglo– “en que las costumbres y dialectos de nuestras razas marcaban diferencias que se hacían muy patentes en el trato: en el Cauca al patrón los hombres le decían ‘miamo’ y las mujeres ‘El blanco’; en Antioquia los hombres ‘Don’ y las mujeres ‘El gamonal’; y en la región cundiboyacense, los hombres ‘patroncito’ y las mujeres ‘sumerced o sumercé”.

## *El debate entre naturaleza y cultura en la escritura "fundacional o pionera"*

Las condiciones de pobreza en la mayoría de los habitantes del Nuevo Reino de Granada y su aislamiento político y cultural creó una imagen de atraso no sólo para los viajeros extranjeros sino para las elites políticas decimonónicas que veían en la "ignorancia" de sus gentes la encarnación de todos los males de la República. Cabe recordar que en Colombia el sufragio universal masculino, que se había impuesto en el decenio de 1850 suprimiendo el requisito de analfabetismo para votar, sólo regresó al país en la reforma constitucional de 1936 en el primer mandato de Alfonso López Pumarejo (Bushnell 261). El voto femenino, por su parte, sólo fue concedido en 1954 en el gobierno de Gustavo Rojas Pinilla, aunque cien años atrás la provincia de Vélez en Santander fue la primera en el mundo en intentar concederlo a la mujer.

Por este atraso educativo de las gentes de la actual Colombia, aunado a su exuberante naturaleza, desde siglo XIX se abrió paso la tesis de que no sólo el territorio nacional sino América Latina no podían tener historia. Argumento que más tarde fue expuesto por Ortega y Gasset en 1924 en uno de sus ensayos "Hegel y América" y que a su vez retomaba la vieja polémica lanzada por Hegel para subrayar el carácter de minoría de edad de este continente ante la incapacidad de pensarse a sí mismo y menos de pensar a los otros. Como bien lo señala Rafael Gutiérrez Girardot, esta interpretación abrió un debate en los años veinte y treinta del siglo XX sobre la Naturaleza como determinante de la vida social y política de Hispanoamérica y, por supuesto, en los decenios siguientes las voces disidentes a esta calumnia que, pese a su concepción prejuiciosa, no logró el efecto contrario (Gutiérrez Girardot 1999:xi-xii). Como réplica -nos recuerda Rafael Gutiérrez Girardot- en 1942 el historiador mexicano Edmundo O'Gorman publicó su ensayo sobre *Fundamentos de la Historia de América* para discutir 'la calumnia' del continente. "Pero ese libro, lo mismo que el más extenso de Antonello Gerbi *La disputa del Nuevo Mundo* de 1955, no lograron desarraigar de los europeos y de los intraexostistas hispanoamericanos la fácil y folclórica imagen de la historia americana nutrida de estos prejuicios" (xii).

El libro de Gerbi dejó para la posteridad un debate de altura académica en el cual exploró cada uno de los argumentos en contra y a favor de "la supuesta inferioridad física del hemisferio occidental, y de una consiguiente 'debilidad' natural y constitucional de sus especies animales y de sus pobladores, todos ellos condenados por la naturaleza a una decadencia irresistible, a una corrupción

fatal" (Gerbi 1982:ix). El erudito texto se propuso explorar las más profundas razones del ser europeo en contraste de las americanas sopesándolas en una balanza hasta alcanzar los argumentos más sólidos que inclinaran la una sobre la otra (ix). Sin dejar un cabo suelto sobre esta condenable concepción, Gerbi señaló:

Desde un punto de vista más general, la historia de este error presenta otro interés. Los elementos de hecho que sirvieron de base a las teorías de la inferioridad del Nuevo Mundo eran reales en muchos casos. Es un hecho, según la geología, que las cadenas montañosas de América parecen relativamente recientes y no estabilizadas aún por completo. Es un hecho que en no muy poca regiones americanas prevalece una humedad malsana. Es un hecho que las tierras del Nuevo Mundo albergan una gran profusión de insectos nocivos, y que en cambio carecen, no sólo de los grandes carnívoros, sino también de muchos otros de los mamíferos principales. Es un hecho que la mayor parte de sus habitantes indígenas son imberbes, que muchos son relativamente débiles, y que otros parecen incapaces de progreso hacia la civilización. Y es un hecho que ciertas especies de animales no se han adaptado a suelo americano, o han resultado estériles a la segunda generación. Es, pues, una verdad indiscutible que todas esas discusiones, por mal planteadas que hayan estado, sirvieron para hacer avanzar la ciencia de la naturaleza, afinando sus métodos, desprendiéndola fatigosamente de errores seculares y enriqueciendo su materia misma (4).

Para el erudito autor la discusión estaba mal planteada por tres razones fundamentales: primero, el ejemplo se generalizó en regla universal; segundo, hechos objetivamente ciertos se hipostasiaron en juicios de valor y tercero los informes y noticias sobre el Nuevo Mundo se polarizaron. Algo que en su momento era completamente cierto y que hoy con los avances de las ciencias sociales se reafirma. Si hay que hablar de una revolución significativa desde el cercano paleolítico hasta la actualidad es de la sedentarización agraria. Ella cruza una temporalidad de más de 1000 años en la historia que en cada época marcaría unas pautas de relación con el medio. Es indiscutible que el proceso de sedentarización agraria en América fue más tardío pero no por ello tan admirable como el de los pueblos asiáticos, pese a que aquí se careció de una fauna mayor para suplementar la dieta proteínica al igual que del ganado vacuno para desarrollar la mecánica de tracción, como del caballo y del hierro sin olvidar la pólvora (Ángel Maya 34, 73). Nada más cierto cuando Augusto Ángel Maya dice que la conquista de América "interrumpió uno de los experimentos más avanzados de adaptación cultural a los ecosistemas del trópico" (72). Esta originalidad del Nuevo Mundo en cierta manera se constituyó en la justificación de Europa para no reconocer el salvaje proceso de dominación sobre el continente. Primero los cronistas y luego los viajeros reafirmaron la idea de un continente sin historia al plasmar en sus textos una escritura fundacional o primera como si todo lo anterior no fuera más que naturaleza vacía y pueblos sin pasado.

Como bien lo señala Jaime Humberto Borja en su libro *Los indios medievales de fray Pedro de Aguado: construcción del idólatra y escritura de la historia en una crónica del siglo XVI*, la escritura de las primeras generaciones de conquistadores –agregaríamos de los viajeros del siglo XIX– elaboraron un discurso fundacional sobre América “mediante el cual se pretendía construir, desde la palabra, la nueva identidad del colonizado y su territorio, pero a partir del propio mundo simbólico de quien escribía” (5). Los ejemplos en el texto de Borja son contundentes respecto de los cronistas, veamos ahora algunos de los viajeros del XIX que recorrieron el camino del Quindío y la extensa región del valle del Cauca:

La mayoría del camino –escribiría Holton en 1857– en el extremo oriental está recién construido pero sigue la misma ruta de hace doscientos años... Quindío no es propiamente el nombre de la cordillera sino el de este paso particular. Aquí no se le da nombre a las montañas; yo llamo cordillera de Bogotá a la Oriental, a ésta la del Quindío y a la occidental la de Caldas, pero a esta última no la conoce nadie por este nombre sino yo... Seguí río arriba (Coello), por la margen izquierda, hasta un sitio donde un derrumbe había arrastrado el camino hasta el mismo río. La solución al derrumbe me pareció nueva, bella y original. Un yanqui habría construido un muro de contención... Pero el ingeniero construyó más bien un camino en zig-zag subiendo la loma, lo cual entre nosotros se hubiera considerado completamente absurdo... Está muy bien hecho, como si atravesara un parque, pero desgraciadamente un invierno fuerte acabará con él. ¡Este es el cambio más importante que se ha hecho al camino en dos siglos! ( Holton 376–380).

No había tiempo para indagar, así que las impresiones de cada viajero refundaban la naturaleza y las cosas. Veinte años antes por la misma ruta del camino del Quindío, con mayor honestidad Jean Baptiste Boussingault escribió: “El camino fue pésimo hasta el río de La Vieja o del Quindío, en donde me detuve al mediodía (altitud 972 metros, temperatura 26 grados). Este río recibe la quebrada de Piedramoler y es cerca de su unión donde se le atraviesa: existe una confusión de nombres, ya que cada uno le da el suyo, pero en definitiva es la unión de las aguas que bajan de la vertiente oeste del Quindío” (1994:161). Los viajeros actualizaron la historia natural y social, pero en su discurso para contar su experiencia de lo *Otro* negaron al *Otro* (Borja 15,28). El sólo hecho de identificar la civilización con urbanización ya era una forma de condenar el trópico. Claro que ya no era la escritura como antaño para dominar al *bárbaro*. El aquí *civilizado* frente al otro *atrasado* se alcanza a leer en los silencios de un discurso en el que también aparecen las categorías de *lejos* y *cerca* (Boja 29). Al *Otro* se mira como un habitante del *allá*, se le observa desde fuera, pero no desde esa perspectiva *etic* para encontrar semejanzas y diferencias entre una y otra cultura Harris (1996:33–34); menos al aquí *civilizado* le interesa entrar en la sociedad y la naturaleza que observa (perspectiva *emic*) sino es para condenar.

A excepción de los apuntes y notas de los integrantes de la Comisión Corográfica que recorrieron palmo a palmo una gran parte del territorio nacional con la intención alcanzar una imagen "real" del país, en la mayoría de nuestros viajeros lo extraño se exalta mediante el discurso de lo maravilloso. A veces la descripción de los lugares y cosas se idealiza como una naturaleza creada por la omnipotencia de Dios. En otras ocasiones se intenta explicar ya no con las categorías de la escolástica sino de una racionalidad que poco tiene en cuenta la vida cotidiana de los pueblos y aldeas. No obstante, si en la escritura de los viajeros son escasas las alusiones a la conciencia de mundo de los seres que habitan y transforman su entorno, los pocos apuntes abren posibilidades para interpretar esa memoria individual y colectiva de los pobladores que se hace presente en sus sistemas de relaciones y que para los historiadores marxistas con tantas prevenciones se denomina *mentalidades* (Fontana 2003:81-82). Para Humboldt, por ejemplo, los pobladores del Quindío hacían elogios tan infundados al agua que se comportaban como aves de rapiña bebiendo ésta solamente dos veces al día, con cierta pedantería, cuando comían confituras. De manera que se encaprichaban dando agua sólo de ciertas clases de montañas, atribuyéndole las mismas condiciones al aire, a los víveres, etc. (Humboldt 114). Lo mismo diría sobre el camino del Quindío en un país donde no se razona y le atribuyen cualidades maravillosas a la montaña y a dicha travesía:

Muchas veces la angostura durante largos trechos está cubierta dematorrales colgados de tal manera que se piensa que está viajando por un túnel. En esas angosturas he visto plantas he visto plantas etiolirte, y la oscuridad en pleno día es indescriptible. ¿Cómo puede ser saludable un camino, una travesía que sale de una llanura, pasando en parte por campos de hierba, en los que uno está expuesto a los más fuertes rayos solares (26-27 grados R), cómo puede ser saludable entrar en esos estrechos y respirar aire viciado? Pero en un país donde no se razona, diariamente se repite que el camino del Quindío es muy saludable, que allí se sanan los enfermos... Se habla de las fuerzas maravillosas del agua, de las aguas delgadas, de la mayor pureza del aire... Lo que uno dice, durante cien años lo repiten todos, ¡especialmente si el primero fue un monje! Aparte de la circunstancial que el camino sobre los Andes está cubierto por lugares que mantienen una altura media entre Guaduas y Santa Fe de 800-900 toesas sobre el nivel del mar, de tal manera que se goza de agradable temperatura media, no se ve en qué se basa la idea de la salubridad. Una selva espesa y húmeda en la que se cubre una gran cantidad de materiales vegetales, depósitos de pirita que descomponen el aire y estratos de arcilla gredosa (letten), eterno cambio de los rayos solares al oscuro aire de sótano en las angosturas... con agua estancada en la que se pudren las raíces de la guadua... Eso por lo menos no son causas de salubridad (112).

Si la desnudez, los rasgos indígenas y el canibalismo y la sexualidad (Borja 37), además de la fauna, la flora y los recursos minerales, fueron los rasgos que más destacó el cronista de antaño, en los viajeros del siglo XIX los

temores (volcán, fieras, hipotermia, pasajes de los caminos que evocan el mismo infierno), los mitos (sal, agua, caza), la hipérbole (animales carnívoros alimentándose sobre las llanuras que rodeaban la región nevada), la soledad, el aislamiento, la pobreza, la magra comida en los viajes pese a la abundancia de recursos (si al viajero le iba bien podría llevar en su avío carne seca de res, bizcochos de maíz, huevos duros, panela, chocolate, ron, piedras de sal y cigarros) y la ignorancia confirmarían la exuberancia natural del mundo descubierto y, si se quiere, la supuesta debilidad natural y constitucional de sus especies y pobladores. En otras palabras, la ruta no hizo el camino, fueron las representaciones mentales de los viajeros las que hicieron el mismo.

Esta narrativa decadente hacia un inevitable final trágico debe ser analizada con sumo cuidado; ése es el trabajo del historiador ambiental cuando sopesa las fuentes y las reinterpreta (Cronon 49). Claro que tampoco para caer en una historiografía progresiva, exaltada por un "edén natural" antes de la llegada de los españoles después del cual hubiese dado comienzo la explotación del hombre por el hombre. No se puede concluir que el dramático descenso de la población indígena y la desestructuración de sus sistemas de relaciones con el medio fuera consecuencia de una serie de acciones deliberadas. Tampoco creer que la colonización paisa fue un encuentro entre pioneros y "tierra libre" hasta construir una sociedad democrática sin rupturas y casi inexistentes fricciones. Es cierto que la cultura es lo que el medio le permite ser. La colonización antioqueña debe en parte su desarrollo al medio geográfico en el que se asentó, pero sería falso explicar todo el proceso de poblamiento por esta razón. El medio condiciona, pero no determina. Por supuesto que hubo héroes en aquella lucha feroz que emprendió el colonizador con su hacha, pero también hubo villanos y procesos de ruptura y contradicción. Las pretensiones terratenientes de la ya mencionada concesión Aranzazu fue uno de ellos al igual que el de la compañía Burila a la cual se enfrentaron unos treinta mil colonos en el Quindío frente a las pretensiones legalistas de unos cien asociados (Miguel Ortiz 1985). Seguramente el legislador tuvo muy buenas intenciones, pero como bien lo señala Albeiro Valencia Llano en su libro *Colonización: Fundaciones y conflictos agrarios* muchos factores impidieron la democratización de la gran propiedad en las zonas de colonización, entre ellos la apropiación de baldíos mediante bonos territoriales y a título de ocupante con ganados (legislación de tierras de 1874 y 1882) que el gobierno emitió sin control ante su déficit fiscal, a lo cual se agregaba la vaguedad de los títulos coloniales que permitía correr los linderos y ampliar la extensión original de las propiedades (374).

Cómo transformaron estos colonizadores el medio y cuál fue su impacto desatado son otras dos preguntas que le corresponden a la historia ambiental. Las preguntas de igual manera pueden trasladarse a la llegada de los ibéricos al continente y siglos más atrás a sus primeros pobladores.

La colonización antioqueña basada, en principio, en el cultivo del maíz, la cría de cerdos y luego en la producción agroexportadora del café creó uno de los mayores impactos del ecosistema andino colombiano en el siglo XIX y comienzos del siglo XX (Márquez 2001:379–381). Pero el estudio de estas transformaciones aún no ha sido abordado con suficiente cuidado por la historia ambiental. De la misma forma que tampoco ha sido estudiado el impacto ambiental (pero también las ventajas para el comercio) que causaron primero las vías férreas y luego las vías terrestres que por fin atravesaron las montañas de Caldas y el Quindío en los años veinte y treinta del siglo pasado hasta llegar a las selvas del Magdalena Medio que aún a comienzos de siglo no había sido depredado (Carrizosa 2001:199). Si para los cronistas de la colonia y viajeros del siglo XIX el paso por el río de Magdalena había sido una experiencia imborrable, para los viajeros del Quindío o de Manizales a Honda, al igual que para los habitantes de sus poblaciones, vencer estos pasos sobre unas ruedas debió transformar la percepción frente a un medio natural que por siglos no les había permitido alcanzar tan fácilmente el otro país; sin duda para todos ellos, al menos en sus imaginaciones y sueños, el mundo ya era menos estrecho.

### **Bibliografía**

- ANDERSON, Perry, *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*, 22ª ed., México, Siglo Veintiuno, 1997.
- ÁNGEL MAYA, Augusto, *La fragilidad ambiental de la cultura*, Bogotá, Universidad Nacional, 1995.
- ARÓSTEGUI, Julio. *La investigación histórica: teoría y método*. Barcelona: Crítica, 1995.
- BARONA, Guido, *La maldición de Midas: en una región del mundo colonial, Popayán 1730–1830*, Cali, Universidad del Valle, 1995.
- BENJAMÍN, Walter, “Tesis filosóficas de la historia”, en BENJAMÍN, *Textos escogidos*, México, Coyoacán, 1999.
- BETANCOURT MENDIETA, Alexander, “Construcción imaginaria, una vuelta a los clásicos de la historia”, (XII: Congreso de Historia de Colombia: 2003). Popayán.
- BORJA GÓMEZ, Jaime Humberto, *Los indios medievales de fray Pedro de Aguado: construcción del idólatra y escritura de la historia en una crónica del siglo XVI*, Bogotá, Espiral, 2002.

- BOUSSINGAULT, Jean Baptiste, *Memorias*, Bogotá, Presencia, 1994.
- BUSHNELL, *Colombia una nación a pesar de sí misma: de los tiempos precolombinos a nuestros días*, Bogotá, Planeta, 1996.
- CANO, Martha Cecilia; ACEVEDO TARAZONA, Álvaro y LÓPEZ, Carlos Eduardo, *Encuentro con la Historia: Catedral de Nuestra Señora de la Pobreza de Pereira*, Pereira, Papiro, 2002.
- CARRIZOSA, Julio, *Vías de comunicación y cobertura arbórea*, en PALACIO, Germán, ed., *Naturaleza en disputa: Ensayos de Historia Ambiental de Colombia 1850-1995*, Bogotá, Universidad Nacional, 2001.
- CIEZA DE LEÓN, Pedro, *La crónica del Perú*, 3 ed., España, Raycar, 1985.
- CLUB ROTARIO, *Historia de Pereira*, Bogotá, Club Rotario-Voluntad, 1963.
- CANO, Martha Cecilia; ACEVEDO TARAZONA, Álvaro y LÓPEZ, Carlos Eduardo, *Encuentro con la Historia: Catedral de Nuestra Señora de la Pobreza de Pereira*, Pereira, Papiro, 2002.
- COCHRANE, Charles Stuart, *Viajes por Colombia 1823 y 1824: diario de mi residencia en Colombia*, Bogotá, Banco de la República, 1994.
- COLMENARES, Germán, "Formas de la conciencia de clase en la Nueva Granada de 1848 (1848-1854)", *Boletín cultural y bibliográfico*, 9, No. 3, 1966.
- COLMENARES, Germán, "La economía colonial Neogranadina 1500-174", en OCAMPO, José Antonio, ed., *Historia Económica de Colombia*, Bogotá, Fedesarrollo-Siglo veintiuno, 1987.
- CRONON, William, "Un lugar para relatos: naturaleza, historia y narrativa", en PALACIO, Germán y ULLOA, Astrid, editores, *Repensando la naturaleza: Encuentros y desencuentros disciplinarios en torno a lo ambiental*, Colombia, Universidad Nacional-Instituto Colombiano de Antropología e Historia-Colciencias, 2002.
- DÍAZ LÓPEZ, Zamira, Oro, sociedad y economía: el sistema colonial en la Gobernación de Popayán, 1533-1733, Bogotá, Banco de la República, 1994.
- FARRINGTON, Benjamín, *Ciencia y filosofía en la antigüedad*, 7ª ed., Barcelona, Ariel, 1981.
- FERNÁNDEZ-ARMESTO, Felipe, *Civilizaciones: La lucha del hombre por controlar la naturaleza*, Madrid, Taurus, 2002.
- FONTANA, Joseph, *¿Para qué sirve la historia en un tiempo de crisis?*, Bogotá, Pensamiento Crítico, 2003.
- FLÓREZ MALAGÓN, Alberto Guillermo, *El campo de la historia ambiental*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana-IDEADE, 2000.
- FLÓREZ MALAGÓN, Alberto Guillermo, "La historia ambiental frente a las ciencias sociales", en PALACIO, Germán y ULLOA, Astrid, editores. *Repensando la naturaleza: Encuentros y desencuentros disciplinarios en torno a lo ambiental*, Colombia, Universidad Nacional-Instituto Colombiano de Antropología e Historia-Colciencias, 2002.
- GASPARD, Theodore Mollien, *Viaje por la República de Colombia en 1823*, Bogotá, Tercer Mundo, 1992.

- GERBI, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo Historia de una polémica 1750–1900*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael, Prólogo, en ROMERO, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1999.
- HAMILTON, John Potter, *Viaje por el interior de las provincias de Colombia*, Bogotá, Presencia, 1993. (Colección de viajeros por Colombia).
- HARRIS, Marvin, *Antropología cultural*, Madrid, Alianza, 1996.
- HOLTON, Isaac, *La Nueva Granada: veinte meses en los Andes*, Bogotá, Banco de la República, 1981.
- HOYOS KÖRBEL, Pedro Felipe, *Café: caminos de herradura y el poblamiento de Caldas*, Colombia, Tercer Mundo, 2001.
- HUMBOLDT, Alexander, *Extractos de sus diarios*, Bogotá, Publicismo y Ediciones, 1982. (Extractos realizados por la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y la Academia de Ciencias de la República Democrática Alemana).
- JARAMILLO URIBE, “La economía del virreinato (1740–181), en OCAMPO, José Antonio, 4ª ed., *Historia Económica de Colombia*, Bogotá, Tercer Mundo–Fedesarrollo, 1996.
- LARRICHIO, Larry, “La arquitectura del paisaje topográfico–ecológico y adaptación cultural en el Eje Cafetero”, (XII: Congreso de Historia de Colombia: 2003). Popayán.
- MÁRQUEZ, Germán, “De la abundancia a la escasez: la transformación de ecosistemas en Colombia”, en PALACIO, Germán, ed., *Naturaleza en disputa: Ensayos de Historia Ambiental de Colombia 1850–1995*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2001.
- MARTÍNEZ GARNICA, Armando, “La tematización de la historia ambiental”, 2002 (Conferencia dictada en la Facultad de Administración Ambiental de la Universidad Tecnológica de Pereira).
- MONTOYA Gil, Rigoberto, *Pereira: Visión Caleidoscópica*, Pereira, Publiprint, 2002.
- ORTIZ SARMIENTO, Carlos Miguel, “De la colonización a la violencia: el caso del Quindío”, (V: Congreso de Historia de Colombia: 1985). Armenia.
- OSPINA VÁSQUEZ, Luis, *Industria y protección en Colombia*, Medellín, Biblioteca Colombiana de Ciencias Sociales FAES, 1979.
- PALACIO, Germán, “En búsqueda de conceptos para una historiografía ambiental”, en PALACIO, Germán, ed., *Naturaleza en disputa: Ensayos de Historia Ambiental de Colombia 1850–1995*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2001.
- PALACIO, Luis Carlos, “El papel de la salud y de la enfermedad en la conquista del territorio colombiana”, en PALACIO, Germán, ed., *Naturaleza en disputa: Ensayos de Historia Ambiental de Colombia 1850–1995*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2001.
- PALACIO, Germán, “Historia tropical: a reconsiderar las nociones de espacio, tiempo y ciencia”, en PALACIO, Germán y ULLOA, Astrid, editores. *Repensando la naturaleza: Encuentros y desencuentros disciplinarios en torno a lo ambiental. Colombia*, Universidad Nacional–Instituto Colombiano de Antropología e Historia–Colciencias, 2002.

- PARSONS, Germán, *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*, 3ª ed., Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1979.
- POMBO, Manuel, *De Medellín a Bogotá*, Bogotá, Presidencia de la República, 1992.
- ROMERO, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1999.
- SAFFORD, Frank, *El ideal de lo práctico: el desafío de formar una elite técnica y empresarial en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional-Áncora, 1989.
- SANTA, Eduardo, *La colonización antioqueña: una empresa de caminos*, 2ª reimpresión, Bogotá, Tercer Mundo, 1994.
- SIMÓN, Pedro, fray, *Noticias historiales: De las conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales*, Bogotá, Banco Popular, 1981, T. V.
- VALENCIA LLANO, Alonso, *Resistencia indígena a la colonización española*, Cali, Universidad del Valle, 1991.
- VALENCIA LLANO, Albeiro, *Colonización: Fundaciones y conflictos agrarios*, Manizales, Artes Gráficas Tizán, 2000.
- VEGA, Yolombó de la, seudónimo, "Historia del agua en Pereira y otras memorias de la ciudad" (Trabajo presentado en 1963 al concurso de monografías sobre Pereira, promovido con ocasión del Primer Centenario de la ciudad. No se conoce el nombre del autor, pero se sabe que es un pereirano nacido por 1905. Texto reordenado y adecuado para facilitar su lectura y estudio, por Emilio Gutiérrez Díaz en comisión de la Academia Pereirana de Historia, 2003).
- ZULUAGA, Francisco, "Por la montaña del Quindío: el camino real de Santafé hasta Quito, por la montaña del Quindío", en USECHE LOSADA, Mariano (ed.), *Caminos reales de Colombia*, Bogotá, Gráficas Ltda., 1995. (Caminos Reales de Colombia-Fondo FEN Colombia).
- ZULUAGA, Víctor, *Historia de Cartago la antigua: Provincia de Popayán*, Pereira, Buda, 2002.